
Letras

Problemas de lengua y de estilo en las "Tradiciones peruanas", de Ricardo Palma

JULIO CAILLET-BOIS

GRADUADO EN LETRAS en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario en 1932, el profesor Julio Caillet-Bois nació en Buenos Aires en 1910. Ejerce la docencia secundaria desde 1932 y la universitaria desde 1941. Profesor adscrito (1937-46) de literatura hispanoamericana en la cátedra que en el Instituto del Profesorado Secundario ocupaba el maestro P. Henríquez Ureña. Profesor contratado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo (1941-42). Profesor de la facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata desde 1942, en la actualidad ocupa la jefatura del departamento de Letras y la cátedra de literatura iberoamericana. Profesor de los cursos de verano de la Universidad de Chile (1952). Puso prólogo y notas a ediciones de La Araucana (Buenos Aires, 1948) y Una excursión a los indios ranqueles (México, 1948). Prepara para la editorial Aguilar (Madrid) una antología de la poesía hispanoamericana.

EN la historia de la prosa española de la segunda mitad del siglo XIX algunos escritores de América tendrán capítulo importante. Cualidades muy singulares y complejas tiene, por ejemplo, la prosa del peruano Ricardo Palma (1833-1919), que por una parte recoge en síntesis variedades narrativas españolas de mediados de siglo y busca selectivamente su fórmula personal de expresión, adecuada con su particularísima actitud histórica frente a las doctrinas estéticas contemporáneas y frente a la vida misma de su patria. Para esclarecer esa tarea de composición que se manifiesta en las TRADICIONES PERUANAS ofrecemos algunas notas, elegidas entre otras que exigen más lenta y cuidadosa atención.

1. Al colocar en el centro de nuestro estudio cierto sector de los escritos en prosa, las TRADICIONES PERUANAS,¹ considerando el resto de la obra de Palma como complementario conservamos la perspectiva que creó el autor, y que consagró un enorme

éxito de lectura, pocas veces alcanzado en vida por escritor alguno de América. Varias veces reconoció que su nombre viviría unido para siempre a esas *tradiciones* que forjó incansablemente, durante medio siglo, y para sus escritos restantes sólo pidió simpatía, como hijos suyos cuyas debilidades reconocía. De las obras dramáticas que escribió antes de los veinte años, recordaba entre nostálgico y burlón la notoriedad fugaz e inexplicable que le procuraron, y se refirió a ellos después de remontar el medio siglo de su existencia, cuando hizo la historia de su generación, de la cual sería el único sobreviviente.² Mucho antes, trataba con desvío los versos de su juventud, las POESÍAS (1855) que escribió tratando de imitar a Zorrilla y Espronceda, y las ARMONÍAS (1865); y cuando reimprimiera esa poesía, aparecía desairada y disminuía alternando con otra irónica y escéptica de fecha posterior, acorde con el espíritu de la prosa de las TRADICIONES.³ El mismo carácter accesorio dió a sus escritos históricos: de las búsquedas que le sirvieron para componer los ANALES DE LA INQUISICIÓN EN LIMA (1863) diría que "hicieron brotar en su cerebro el propósito de escribir *tradiciones*", y añadía: "estos *Anales* que, en puridad de verdad son *tradiciones*"⁴ sus vocabularios fueron surgiendo como notas que el autor famoso, ya académico, redactaba para justificar las expresiones locales que usaba en confusión inextricable con las que tomaba de libros y diccionarios.⁵

2. Así como las *leyendas* de Bécquer relegaron a la oscuridad ensayos semejantes en prosa, anteriores y posteriores, las TRADICIONES PERUANAS sobreviven aisladas, sin apoyo en el género copioso de donde surgieron como culminación. Unas y otras, las tradiciones que Palma fué enhebrando en series y compuso desde 1851, y las *leyendas* de Bécquer (1857-1870) son variedades de una especie romántica común, y si apenas manifiestan ahora su parentesco es porque no se ha aclarado el proceso de diferenciación.

Muy profunda convicción, entre las que el siglo XIX recibe y desarrolla como herencia del anterior es la de que hay una sabiduría tradicional y una poesía instintiva, ambas orales y colectivas, cuyas manifestaciones —costumbres locales, leyendas, canciones anónimas, refranes,— reflejan, más que las obras de autor determinado, el genio íntimo de la humanidad: son las *voces de los pueblos* no deformadas

LETRAS

por la cultura. Y es por eso que, ya en el último tercio del siglo XVIII comienzan a recogerse ávidamente esos materiales que el folklore organizaría, se imitan en seguida y se incorporan a la literatura con su triple garantía de pureza, verdad y hermosura. Los autores de baladas épico-líricas —desde Goethe, Schiller, Bürger y Uhland hasta Heine en Alemania, y Walter Scott, Coleridge y Wordsworth entre los ingleses— remedan esos relatos de tema misterioso con la seguridad de que al fijarse por escrito perderán su intraducible belleza. Como a toda Europa, a España llega esa devoción por lo tradicional, y se manifiesta por un retorno a los temas del romancero, que inspira inmediatamente un género poético de narración en verso; son las leyendas que, en una evolución que parte del *MORO EXPÓSITO* (1834), los *ROMANCES HISTÓRICOS* (1841 del Duque de Rivas, y de las *LEYENDAS ESPAÑOLAS* (1840) de José Joaquín de Mora, alcanzan enorme popularidad con los *CANTOS DEL TROVADOR* (1840-1841) de Zorrilla, acentuando el propósito narrativo y pintoresco, contagiados con la técnica de la novela histórica. En cambio, son, curiosamente, los relatos en prosa, las *leyendas*, las *tradiciones* y algunas *baladas*,⁶ los que reproducen con mayor fidelidad los rasgos líricos originarios de la balada anglo-germánica, que seguía admirándose en la segunda época romántica, después de mediados del siglo XIX, como veinte años antes.

No es siempre fácil distinguir entre *leyendas*, *tradiciones* y *baladas*, que se componían tanto en verso como en prosa sobre acontecimientos a menudo maravillosos o apenas verosímiles, transmitidos en narraciones poéticas —anónimas— o históricas —de autor determinado o anónimas—, oralmente, o a través de los libros. De las tres, *leyenda* parece haber sido la denominación más comprensiva; más limitadas, *tradicición* —siempre apoyada en fuentes orales—⁷ y *balada* —que proviene de una poesía—. *Leyendas*, *tradiciones* y *baladas* son los tres cauces del relato legendario breve. Pero además, los temas del folklore invaden otros géneros: los *cuentos populares*⁸ y los *cuentos de viejas*, por ejemplo, y se cuentan tradiciones a propósito de las descripciones de “antigüedades” —templos y ruinas venerables—, en los viajes arqueológicos y artísticos”, en las series inagotables de “recuerdos y bellezas” de España.

Al margen de esas formas de prosa de tema legendario, de tono

minuciosamente narrativo —como las de Gertrudis Gómez de Avellaneda— o enfáticamente lírica, sigue corriendo la caudalosa vena de los “cuadros de usos, tipos y costumbres”, de propósito meramente descriptivo, simplemente caricaturesco o burlón, que prolongaba la dirección que había señalado Larra: en ellos no sólo triunfaban legítimamente “Fernán Caballero” y Serafín Estébanez Calderón “El Solitario (1799-1867),”⁹ sino que también lograban increíble popularidad medianos escritores como los que firmaban “Fray Gerundio”, “El Estudiante” y “Abenámbar”, cuyo triunfo a mediados de siglo confirmaba el agotamiento de un género ilustre que decaía en recursos fáciles.¹⁰

No menos abundantes y celebrados eran los relatos de tema histórico —novelas aparte—, ampliaciones de fuente libresca, que se titulaban indistintamente *leyendas históricas* —no *tradicionales* o de origen oral—, *relaciones*, *episodios* o *apuntes históricos*, *anécdotas biografías*, o *crónicas*, muy a menudo sobre temas medievales.

Ese era, a mediados del siglo XIX el cuadro de las posibilidades que la narración breve ofrecía en español. Eligiendo y combinando rasgos de unas y otras Palma da con una forma propia, la *tradición peruana*, que él distingue e individualiza dentro del género que muchos cultivan como él en su patria: muy pronto, *cronistas* y *tradicionalistas* serán legión en toda América.¹¹

Cuentos legendarios, históricos y descriptivos dan elementos a las *tradiciones peruanas*, que en la estructura y en la forma de expresión correlativa son el resultado de un período de vacilaciones, los primeros veinte años en la vida literaria de Palma (1851-1870). En esos veinte años se opera una mudanza fundamental en las doctrinas literarias de Palma, transformación que refleja nuevas lecturas y, sobre todo, adecuada a una crisis en sus convicciones polícoliterarias, manifiesta en 1870, después de un lapso borroso que trataremos de ordenar.

Palma llegaría a la *tradición peruana*¹² por el mismo camino que lo alejaba de la poesía sentimental de sus primeros años, los de la “bohemia literaria”, embriagada de versos sonoros y egoístas, como llegaron a parecerle los admirados de Zorrilla. El joven “bohemio”, en los últimos años de estudiante —truncos en 1853— se transformó

LETRAS

en liberal del ala extrema, colaborador anónimo de hojas de combate satíricas y hasta conjurado en logias revolucionarias para asesinar al Presidente General Ramón Castilla, a quien debían considerar apóstata de los principios que pareció defender. El revolucionario pagó con el destierro el fracaso: en 1860, en Chile donde pasó tres años, no era ya poeta romántico sino proscrito apasionado de la libertad, y debía juzgar ya insatisfactoria su literatura anterior, apasionada y "desinteresada".

En el destierro en Chile (1860-1863), y en contacto con sus amigos los reformistas chilenos, también ellos recién llegados del exilio, comprendió que unos y otros, los jóvenes peruanos devotos a José Gálvez, y los radicales como Vicuña Mackenna y los Matta, libraban la causa común y universal, la de los progresistas que luchaban por la libertad. Y al asistir a una tregua política que, tras el decenio del gobierno autoritario de Manuel Montt anunciaba el triunfo futuro de los radicales, se afirmó en su confianza optimista, y adquirió forma en él un nuevo credo literario, conforme con sus esperanzas políticas. Entonces expresa por primera vez su concepción estética al agradecer las poesías de Guillermo Matta (1829-1899), liberal que ha conocido la proscripción como él, y que vuelve a su patria decidido a volcar en sus versos próximos los temas "del siglo": *Si alguna vez cantan los poetas angustias que sólo a ellos atañen o interesan, tiempo es de dar treguas al dolor de la personalidad, no para llorar como el profeta sobre las ruinas, sino para pronunciar palabras de esperanza que hagan brotar la fe en las almas débiles y descreídas. Aguila real del porvenir, también es el poeta un abnegado y modesto obrero del presente,*¹³

Palma era el proscrito de una patria sobre la que se cernían ya amenazas de un conflicto con España, y años después se produciría la intervención armada. Y no podía sino concebir ése como otro episodio más en la lucha secular de las fuerzas republicanas contra las de la opresión oscurantista. Expresión cabal de esa actitud debían ser los ANALES DE LA INQUISICIÓN DE LIMA (1863), resultado de la acumulación de notas y obra objetiva que, según el autor serviría para el libro "políticosocial" que otro escribiría. En contacto con el grupo liberal de Chile maduraron sus convicciones radicales en lo político

y en lo religioso, que encuentran su doctrina literaria concorde en el romanticismo social o humanitario, de raíz sansimoniana, semejante al que Sarmiento, años antes, oponía a los discípulos de Bello.¹⁴

Dos años después y desde París, condena en forma mucho más terminante la poesía individualista en nombre de sus nuevas ideas. Acababa de visitar la tumba de Alfred de Musset con su amigo Hilario Ascasubi, a quien llama "el Béranger —es decir el poeta del pueblo— del Río de la Plata. Pasaron sin detenerse frente a la tumba de Abelardo y Eloísa, que atraía a los enamorados, pero: *Ascasubi y yo, por fortuna, no éramos ni enamorados ni románticos. Hijos de la República, nuestra amada es la gran patria americana, nuestro ideal es la democracia, nuestro sueño dorado el hecho que ha de suceder algún día, acaso no lejano, al gastado elemento monárquico. El espectáculo de la reyecía no hace en algunos espíritus más que fortificar la fe en la democracia porque ella es el último lábaro de redención de todas las nacionalidades oprimidas, para la humanidad entera.*

Y en nombre de la República, apostrofa así a los poetas románticos: "*¡Atrás los que os soñáis poetas y pensáis que marcháis hacia adelante, cuando no alcanzáis con versos artísticamente elaborados a conmover al pueblo porque sólo le habláis de vuestro yo y de vuestras miserias! Hablad al pueblo del pasado y del porvenir, evocad sus tradiciones y dadles vida, habladle de sus dolores y tristezas, habladle de libertad y amor, habladle de sus glorias como hizo Musset, y el pueblo os premiará con sus lágrimas, con sus aplausos. Viviréis, por fin, en el corazón del pueblo, la más pura y envidiable de todas las glorias. ¡Sí! El poeta, para merecer tal nombre, ha de corresponder a las exigencias de su siglo y del pueblo al que ofrece sus inesperados cantos.*"¹⁵

Difícil será reconocer al escéptico y travieso escritor de la madurez en el autor de esta fervorosa profesión de fe: pero otras pruebas completarían la evolución: por ahora, la que se condena para siempre, como se ve, es la literatura individualista en nombre de la que puede interpretar los intereses del pueblo y de la patria.

No cambiarían sus ideas, otra vez en la patria y reincorporado a la política activa, convulsionada con el agravamiento paulatino del entredicho internacional, que culminó con el bombardeo del Callao por la escuadra española. Allí murió José Gálvez el 2 de mayo de 1866,

LETRAS

y sólo la casualidad alejó a Palma de su lado. Con el sacrificio heroico de su jefe, no renunció definitivamente a la acción pública, aunque con él cayera un programa cierto, que sólo él podía encarnar. La revolución subsiguiente del coronel José Balta (1868) le proporcionó la oportunidad de asistir, desde la secretaría de la presidencia y desde una banca del Senado, al porvenir cotidiano de las tareas de gobierno, que no parecen haberle confirmado en sus esperanzas anteriores. Y finalmente, el gobernante que acompañaba y asistía, el hombre a quien apoyaba porque representaba para él las fuerzas del orden, cayó víctima de un atentado político (1870). Esa fué la experiencia concluyente, que desmoronó su imagen de escritor republicano y liberal, al servicio de su pueblo. Únicamente le quedaría, como sola posible, la vida literaria, la que él se hiciera con las *tradiciones*, a las que se entrega definitivamente.¹⁶

Si examinamos ahora las primeras narraciones de Palma anteriores a 1870 —fecha que hemos adoptado como límite de su primera época de acuerdo con Riva Agüero— nos encontramos con una cronología insegura que es necesario ordenar. Palma omitió si no olvidó algunas de sus obras más antiguas, al publicar su primera serie en 1872, la única en la que todas las tradiciones aparecen fechadas.¹⁷

Nos quedarían, como pertenecientes a esta primera época de ensayos doce tradiciones de la primera serie, una que dejó condenada, y varias que reaparecieron con título cambiado y no pueden individualizarse. Nuestra búsqueda debiera continuarse en las revistas de Perú, Chile y Argentina anteriores a 1870, pero nos basta para lo que necesitamos.

Así vemos diseñarse la *tradicción*, que tiene ya sus cualidades características en *D. Dimas de la Tijereta* (1864), al retornar de su destierro en Chile; pero la primera narración (*Consolación*) es como la segunda (*Oderay*) una leyenda romántica sobre un suicidio contemporáneo la más antigua y sobre una vaga historia de amor indígena en tiempos de la Conquista. La prosa de esos relatos, como la de los siguientes hasta 1864, apenas deja vislumbrar la posterior, y sus temas son los del más exaltado romanticismo, informados por el espíritu de la “bohemia”. En seguida, la “leyenda” romántica deja paso a narraciones de tema intrincado, con mucha acción, verdaderas nove-

las románticas condensadas, que parecen reflejar el gusto contemporáneo por el folletín, que el mismo Palma ha señalado.¹⁸ A esa segunda concepción pertenecerían *El nazareno*, historia de un disoluto don Juan que redime el libertinaje de su vida aparente con una vida oculta de cofrade caritativo sólo revelada a su muerte (1859); *Mujer y tigre*, historia de la venganza macabra que una mujer engañada cumple en su seductor (1860); *Justos y pecadores*, de tema semejante a la anterior pero con importantes amplificaciones pintorescas y escrita en una lengua que chisporrotea continuamente en apartes maliciosos, con coplas al caso, y una preocupación por crear un ambiente histórico (1861); y *Predestinación*, drama de amor y celos entre dos cómicos, que, a pesar de su fecha (1866), y de su estilo, ya evolucionado, se revela como obra de transición, a medio camino entre la *leyenda* de acción escasa y lengua desmayada, a la *crónica histórica*, que se anuncia con alardes de información documental que no consiguen disimular fundamentales anacronismos en el espíritu de la época.¹⁹

No fueron las *tradiciones* meros ejercicios de asimilación de autores y de alquimia literaria. Hay en ellos un vigoroso sentimiento de la patria permanente que les da unidad, del Perú de los conquistadores, del de los virreyes, del de los caudillos militares y civilistas. Y se escribieron, más allá de las contingencias de la política diaria pero sin olvidar los intereses superiores y las tendencias nacionales invencibles, expresándolas siempre. Ese sentido integrador, y el haber llegado a concebir la historia con función ejemplar sacó Palma de este primer período, y en esos años se fundieron para él su visión de patria y su expresión literaria.

NOTAS

1. Las TRADICIONES PERUANAS que se venían publicando en periódicos peruanos —sobre todo a partir de 1860— se dispusieron primero en cuatro series (Lima, 1872; 1874; 1875 y 1877); al reimprimirlas, Palma les añadió otras dos (Lima, 1883, 6 vs.). Después apareció la "última serie", *Ropa vieja* (Lima, 1889), y *Ropa apolillada*, "octava y última serie" (Lima, 1891). Aún después de la edición que Palma consideraba definitiva (Barcelona, 1893-1896, 4 vs.), se sumaron *Mis últimas tradiciones peruana y cachivachería* (Barcelona, 1906) y *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas* (Barcelona, 1910). Entre las colecciones póstumas son las mejores las que se publicaron con el patrocinio del Gobierno del Perú (Madrid, 1924-1925,

LETRAS

6 vs., reimpresos en 1945-1947), que respetan la disposición original en series; las TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS (Madrid, 1952) adoptan otro orden, según la fecha de los sucesos que se cuentan, y traen utilísimos índices y bibliografías.

2. Recuerda sus dramas *La hermana del verdugo* (1850), que califica de "abominación patibularia en cuatro actos"; *La muerte o la libertad*, y *Rodil* (1851), los dos últimos celebrados por sus alusiones políticas, en *La bohemia de mi tiempo (Confidencias)* que puso como prólogo a la colección de sus *Poesías* (1887) y reprodujo luego en *Recuerdos de España* (Lima, 1899), véase págs. 22-24. Con el tema de su drama inicial compuso la tradición *Ei veräugo real del Cuzco*, y sobre *Rodil*, la que tituló *El fraile y la monja del Callao* (TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS, págs. 104-106, y 1011-1018), y además se esforzó por destruir los ejemplares de ese teatro, del cual milagrosamente se ha salvado una parte.

3. De los versos de la primera época se pasa a los de la segunda a través de las traducciones de Heine —publicadas en 1886, veinte años después de concluidas—; vendrían luego los *Verbos y gerundios* (1877) y las *Filigranas* (1892).

4. TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS, pág. 1317.

5. NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS (1896), y PAPELETAS LEXICOGRAFICAS (1903). Apenas es necesario advertir que las observaciones de Palma, que no se fundaban en conocimientos teóricos, valen y sirvieron como comprobación de usos locales; sus etimologías son indefendibles.

6. España conoció las baladas de autores alemanes primeramente a través de versiones parciales francesas, por ejemplo las de Mme. de Staël (1813) y Gérard de Nerval (1828). Muy pocas, y nadie mejor que Nicolás Böhl de Faber, tuvieron conocimiento directo de ellas; a mediados de siglo, su hija Cecilia, "Fernán Caballero", apasionada de refranes, coplas y leyendas, tradujo baladas de Bürger (*Lenora*, 1840, y *La flor azul*, 1855); las suyas, como la que José González de Tejada hizo de *El rey de los álamos* de Goethe (1854) aparecieron en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857). Es bien sabido que en 1857 comienza la divulgación de la obra lírica de Heine, autor de *lieder*, fundados en baladas populares. En el segundo tercio del siglo, a juzgar por el *Semanario* citado, la *balada* —en prosa y en verso— era uno de los géneros más frecuentados: Vicente Barrantes (1828-1891), que tendría correspondencia epistolar con Palma, publicó allí sus *Baladas españolas* (1852); y él mismo reuniría años después sus *Cuentos y leyendas* (1873).

7. Es sabido que "Fernán Caballero" reunió sus *Cuentos y poemas andaluces* (1859): cuando los publica en el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL los ofrece como "recogidos", o "del repertorio popular antiguo", refundidos por ella.

8. A través de la colección del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, Madrid, 1836-1857 (Colección de índices de publicaciones periódicas del Instituto "Nicolás Antonio" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1946) vemos progresar paralelamente las tres corrientes señaladas de relato legendario: entre las *tradiciones* firmadas, la más antigua es la de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846), *Leyenda: El lago de Carrucedo, tradición popular* —1840— (véase *Obras... Biblioteca de Autores Españoles*, t. 74. Madrid, 1954, p. 221-50), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). *La montaña maldita, tradición suiza* (1841), y de Francisco Navarro Villoslada (1815-1895), *El salto del fraile* —ésta, publicada en el periódico *El arpa del creyente*, 1842—; entre las *leyendas*, dominan las históricas: la de fecha temprana es la de José María Andueza, *Laura* (1840); le sigue *La muerte de César Borja, leyenda nacional* (1841) de Navarro Villoslada.

9. Aunque Estébanez Calderón no aparezca citado por Palma, la relación entre ambos es indudable. El "Solitario" tenía el culto supersticioso de la lengua española del buen tiempo, y ante la marea francesa que lo invadía todo se encerró para defenderse de ella en el estudio de los escritores de los siglos XVI y XVII. Menéndez Pelayo lo consideraba más que escritor de costumbres, "erudito de lenguaje trabajado y arcaico, grande artífice de palabras, y en tal artificio excelente"; calificaba su estilo de "primoroso engarce y taracea de pedrezuelas antiguas de las fábricas de Mateo Alemán y Quevedo"; y lo representa "cercado de infolios y legajos empolvados a la española antigua, y para cuya traza trastea y escudriña los trebijos de las librerías y baratillos". ESTUDIOS DE CRÍTICA HISTÓRICOS Y LITERARIOS, ed. nacional, VI, pág. 334. Lo importante es señalar que estos gustos arcaizantes de Estébanez Calderón son excepcionales en su época.

10. Al referir sus lecturas primeras Ricardo Palma dice: "De mí sé que hablarme del Macías de Larra o de las *Capilladas* de "Fray Gerundio" era darme por la vena del gusto". Modesto Lafuente (1806-1866) el futuro autor de la monumental HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA era, por entonces, antes de mediados de siglo, el popularísimo "Fray Gerundio", autor de artículos de costumbres de gracia algo plebeya, las *Capilladas* (1837-1844), cuyo gran éxito popular recuerda Mesonero Romanos en las *Memorias de un scotentón*. Cit. por Alleson Peers, *Historia del romanticismo español*, II, 240. El mismo tipo de literatura cultivaban entonces Santos López Pelegrín "Abenámar" (1801-1846) y Antonio María Segovia "El Estudiante" (1808-1874), que se asociaron para redactar un periódico satírico con el seudónimo del segundo (1839).

11. Habría que ordenar y completar la muy numerosa lista que da Clemente Palma en su estudio, incluido en la *Sociedad Amigos de Ricardo Palma*. Ricardo Palma, Lima, 1933.

12. Apenas tienen que ver las de Palma con las obras españolas que llevan el nombre de *tradición*, cuando nos ha sido posible compararlas. Una *tradición* para Gertrudis de Avellaneda es un cuento oral y anónimo, que ella vuelve a contar desarrollándolo: entre los que llamó *Leyendas, novelas y artículos literarios*, Madrid, 1877, hay además de dos novelas *La velada del helecho o el donativo del diablo*, y *La baronesa de Joux*, imitación francesa, ocho *leyendas fundadas en tradiciones orales*. Y es sabido que Bécquer, contemporáneo de Palma, se refiere expresamente a *tradiciones* en que funda sus leyendas *La ajorca de oro*, *La rosa de pasión*, el *Monte de las ánimas* y *La cueva de la mora*; *tradición hindú* es el subtítulo que pone a su leyenda *El caudillo de las manos rojas*.

13. Carta fechada en Valparaíso, 17 de abril de 1862, en *TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS*, pág. 1375. Guillermo Matta, que en sus *Poesías*, coleccionadas en Madrid, 1859, seguía las aguas del romanticismo individualista, las abandonó después —con notorio perjuicio para su poesía— y profesaría las doctrinas del romanticismo social. Según me informa el profesor Rubén A. Benítez, Guillermo Matta y Guillermo Blest Gana, amigo también de Palma entonces, conocieron y trataron a Bécquer.

14. Para completar estas observaciones sobre la estancia de Palma en Chile me ha sido útil la obra de Cesar Mero Quesada, *Ricardo Palma, el patriarca de las tradiciones*, Buenos Aires, 1953; no he podido ver, lamentablemente, el libro de Guillermo Feliú Cruz, *En torno de Ricardo Palma*, Santiago de Chile, 1933.

15. Carta fechada en París, el 8 de octubre de 1864 y publicada en la *Revista de Buenos*

LETRAS

Aires, año II, Nº 19, noviembre de 1864, t. V, págs. 436-440, no recogida en las TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS.

16. En *Las tradiciones*, en las de la Colonia o como en las de la República, acuden como obsesión reflexiones amargas sobre el presente de la política de su patria, sobre la deslealtad que es norma actual, sobre el mercantilismo de los tiempos actuales. Hacia enero de 1875 dice Palma: "Abrumado por las decepciones, enfermo del cuerpo y el alma, he vuelto a la vida literaria, santo refugio para el espíritu en horas de tormenta. Hastiado del presente, me he echado a vivir en el pasado rebuscando antiguallas y disputando a la polilla libros viejos. La conciencia me dice que acaso hago en esto un servicio al país". César Miró, *op. cit.* pág. 109.

17. La más antigua es *Consolación* (1851), que cuando se publicó muchos años después llevaba como nota: "Lo tenía olvidado —Palma lo llama "artículo" al incluirlo en las *tradiciones*— pero una casualidad ha traído a mis manos el periodiquín en que hace más de un siglo apareciera"; sigue *Oderay o La muerte en un beso* (1852), que se denominaba antes *El hermano de Atahualpa* (*Revista de Buenos Aires*, Año I, Nº 11; marzo de 1864); debe advertirse que el nombre *Oderay* proviene de una novela del mismo nombre de Gaspar Zabalá y Zamora, traducción libre de *Pablo y Virginia* (1810); y que en su primera versión la protagonista no era *Oderay* sino *Alaide*; y después *El nazareno* (1859); *Palla Huarcuna* (1860); *Mujer y tigre* (1860); *Justos y pecadores* (1861); *El virrey de la adivinanza* (¿1862?), escrita en Chile y publicada en la *Revista de Sud América*, después reproducida en la segunda serie de *Tradiciones* (1874); *La hija del oidor* (1864) "tradicción popular" nunca recogida por su violento anticlericalismo, se publicó en la *Revista de Buenos Aires*, Año II, núm. 20, diciembre de 1864; *D. Dimas de la Tijereta*, (1864); *Predestinación* (1866); *El Cristo de la Agonía* (1867); *Un litigio original*; *La casa de Pilatos*, *Las Cayetanas*, y *Dos millones* (1868); *Pues, bonita soy yo, la Castellanos*, *Un predicador de lujo*, y *Los endiablados* (1870). José de la Riva Agüero, en su *Elogio de Ricardo Palma*, enumera las tradiciones más antiguas escritas para *La República*, para *La Revista de Lima* y otros periódicos peruanos anteriores a 1870, enumera dos que no conocemos: *Lida e Infernum el Hechicero*, que también menciona José María Torres Caicedo en el prólogo a las *Armonías* (enero de 1865), y añade además *Mauro Cordato* —denominada *El mejor amigo... un perro* en la cuarta serie de *Tradiciones* (1877—; *La querida del pirata*; y *Debe llare superbos*. Aunque no puedo fecharla con seguridad, creo que debe contarse entre las tradiciones muy antiguas *El alma de Tukuruto*, sobre un pirata famoso del Guayas. Véase el estudio de Riva Agüero, con otros muy importantes de Raúl Porras Barrenechea, Víctor Andrés Belaúnde y Clemente Palma, en *Sociedad Amigos de Palma, Don Ricardo Palma (1833 - 1933)*, Lima, 1933.

18. En su tradición *El judío errante en el Cuzco* afirma que en 1856 era lectura muy popular en el Perú la novela de Eugenio Sue, que se publicó en folletín en el diario *El Comercio*.

19. José de la Riva Agüero, en su *Elogio* citado, llama a las *leyendas* y *crónicas* citadas "leyendas románticas, populares y arqueológicas, de igual estilo y corte que las publicadas entonces por José Antonio de Lavalle, Juana Manuela Gorriti, Acisclo Villarán y Juan Vicente Camacho". Pero considera que el punto de partida fue no la leyenda romántica de tono lírico sino la novela histórica de Walter Scott y sus imitaciones francesas y españolas, interpretando una frase del prólogo que Palma puso a las *Tradiciones del Cuzco* (1884) de Clorinda Matto de Turner, que no tiene ese alcance.